

NUESTRO AMIGO FLORENTINO*

Rafael Calvo Serer

NUEVA YORK. El domingo anterior a la pasada Navidad recibí en París la llamada de un común amigo que, desde Madrid, me hizo la inesperada sugerencia de que le escribiese una carta a Florentino Pérez-Embid. Sugerencia sorprendente, además, porque Juan Ferrando —que fue quien me telefoneó— había sido testigo de que Florentino rechazó una propuesta mía para hablar largamente con él de los malentendidos surgidos desde mi entrada en el diario «Madrid», en 1966. Desde esa frustrada ocasión, en abril de 1970, ya no volvimos a vernos. Ferrando me explicó rápidamente que Florentino acababa de ingresar en una clínica, gravemente afectado por una recaída de la enfermedad del corazón que ya le puso fuera de juego durante unas semanas un par de veranos antes.

Al día siguiente, 23 de diciembre de 1974, Antonio Fontán me llamó para decirme que nuestro amigo Florentino había muerto esa madrugada.

Mi traslado durante unos días a Lisboa, a París de nuevo y a Nueva York, por último, me han impedido tener más noticias del último periodo de la vida de nuestro recordado amigo. Por esto no puedo referirme más que al pasado en esta carta que te ruego publiques para honrar la memoria del amigo de todos que fue Florentino. Y me dirijo a ti, especialmente, porque en esa casa del «ABC» le acogiste de modo excepcional como editorialista, colaborador, consejero y, sobre todo, como amigo.

Seguramente fue a través mío —después de nuestro primer encuentro en el Londres de 1947, todavía marcado por las huellas de la guerra— como le conociste en la época en que desarrollábamos la revista «Arbor». Pero años después, a partir de 1957, tuviste tú la ocasión de frecuentar su trato con motivo de las llamadas «cenas de los nueve», aquellas reuniones que acabaron disolviéndose porque las tareas ministeriales fueron absorbiendo a casi todos los participantes. En una

de esas cenas, en la que se homenajeó particularmente a Florentino, tú leíste unas cuartetas que el afectado me repitió, sinceramente conmovido, porque vio reflejada su más honda intimidad. En ellas retrataste exactamente el carácter de nuestro amigo, a la vez abierto y reservado, alegre y melancólico, tenaz e inconstante, ligero y profundo. Contrastes que hiciste resaltar al llamar la atención sobre el donaire con que sabía ha-

Con el autor. Regreso de Munich. 31 octubre 1961.



* Este artículo fue enviado como Carta abierta a Torcuato Luca de Tena, entonces director de «A B C».

FLORENTINO PEREZ-EMBID

cer compatible «el cilicio con el Remy-Martin». Uno de esos contrastes es el que Pedro Sainz Rodríguez recogió diciendo que Florentino era «un andaluz con agenda». Es decir, que su tendencia somática —el *pondus naturae* como él decía con malicia infantil— y las inclinaciones derivadas de su educación como «señorito sevillano» —hijo brillante de una propietaria de Aracena, viuda desde muy joven— hacia la alegría de vivir, estaban disciplinadas por una ascesis de trabajo, aceptada como fruto de una profunda convicción religiosa.

En este último aspecto compartí, durante muchos años, sus preocupaciones, sus ilusiones y sus esperanza. Su sevillanismo, al que tantas veces se refirió, es el que hizo que encontrase particularmente sugestivo lo que en cierta ocasión le dije de cómo podía entenderse la vida eterna, a cuya consecución había sometido disciplinadamente —a pesar de los pesares— sus ilusiones y sus esperanzas. Si creemos que hay una resurrección de la carne y una comunión de los santos, si la vida se transforma pero no termina, si los sacramentos utilizan como signos las cosas terrenas como el pan y el vino, y si con san Pablo creemos también que si «Cristo no ha resucitado vana es nuestra fe», ¿por

qué no imaginar que el cielo es como todo lo bueno de esta tierra, pero sin dolor y sin límite temporal?

Educado en el ambiente de piedad religiosa de muchas familias provincianas, Florentino experimentó en 1943 un proceso de honda interiorización espiritual que le llevó a entregarse con plena dedicación al trabajo universitario y a la vida intelectual, al servicio de la concepción cristiana de la vida. Esto hizo que el 1 de enero de 1947, durante un paseo por la Ciudad Universitaria, todavía llena de desmontes, solicitase mi colaboración plena en la empresa editorial que estaba organizando y que quería fuese la obra de su vida. De este modo se originó una convivencia que duró casi veinte años. Pero como él no se movía por una exclusiva vocación intelectual, sino más bien interesado en el poder social de las ideas, su campo más natural era la política; en la práctica de poder le introduje yo igualmente al organizarse el Ministerio de Información y Turismo, en julio de 1951. Desplegó entonces unas brillantes condiciones ejecutivas y durante unos años de difíciles luchas por servir un ideal, irrealizable según los políticos oportunistas, su gran preocupación fue la famosa sentencia de lord Acton: «El poder corrompe siempre y el poder absoluto corrompe absolu-

En la gran explanada de Monte Alban (México).



tamente.» Ahora bien, en Pérez-Embid la conciencia de una misión espiritual en la acción temporal le llevó a dar ejemplo —en el Ministerio, primero, hasta 1957 y en el Consejo Privado del conde de Barcelona hasta 1966— de una «espectacular» lealtad personal.

La colaboración de Florentino conmigo duró en tanto ambos servíamos conscientemente un común ideal religioso y temporal, sabiendo unir uno y otro sin confundirlos. Lo primero, el principio y fundamento, estuvo siempre claro; para nosotros no hubo nunca duda sobre la primacía de lo religioso; aun cuando reconociésemos y respetásemos la autonomía y licitud de los problemas temporales.

En este último plano fue donde surgió nuestra discrepancia en 1964, y que se consumó en 1968 al volver a ocupar un puesto en la Administración; precisamente en los días en que se cerraba durante cuatro meses el diario «Madrid» porque en el periódico se propugnaba la política de centro. El ejemplo desorientador de cuantos originariamente se embarcaron en la misma empresa para después seguir en la navegación sobre la base de subordinar el rumbo al dictado de quienes imponían su autoridad con objetivos diferentes a los de todos nosotros, le llevó, por último, a una nueva colaboración política.

En esta nueva singladura, para mí, Florentino no pudo ser ya el de los años cuarenta y cincuenta, cuando en su acción podía criticársele, con verdadera simpatía y comprensión, que no se sabía «dónde acababa la genialidad y comenzaba la arbitrariedad». Por el contrario, aumentaron sus aprensiones respecto a previsibles dolencias que acabarían rápidamente con su vida. Así no me resultó novedoso lo que nos dijo a Antonio Fontán y a mí el doctor López Ibor en un encuentro fortuito durante uno de los más difíciles momentos de persecución del diario «Madrid»: «Estáis matando a Florentino a disgustos.»

Todavía en la primavera de 1971 Florentino expresó su temor de que fuese yo quien no pudiese resistir físicamente en la lucha que mantenía desde tantos años. Entendí aquello como manifestación de su permanente afecto. Sin embargo, ha sido su corazón el que ha saltado en pedazos, pues no ha podido resistir tanta tensión, al igual que puede sucederle a cada uno de nosotros.

La esperanza que despiertan los ideales religiosos y los valores humanos a los que fue leal hasta el fin, permite confiar en que ha logrado la paz y la paz que no tiene límites.

